

Muestra así, y es a mi juicio su mayor valor, la relevancia de ensanchar temporal y geográficamente el foco de

aquella crisis que, si fue «española», lo fue en un sentido muy distinto al que hoy damos a ese adjetivo.

José M. Portillo Valdés

Universidad del País Vasco/Instituto Mora/El Colegio de México
portival@gmail.com

CAILLAUX DE ALMEIDA, Tereza: **Memória das «Invasões Francesas» em Portugal (1807-1811). Una perspectiva innovadora no bicentenário da Guerra Peninsular.** Lisboa, Ésquilo, 2010, 424 págs., ISBN: 978-989-8092-70-0.

Este libro es fruto de una larga investigación que inició la profesora Tereza Caillaux de Almeida en 2003 y culminó con su Tesis de Doctorado que presentó en la Universidad de Nanterre (París X) en febrero de 2008. Se trata de la versión en lengua portuguesa y constituye una novedad por la amplitud temática estudiada y por los nuevos enfoques introducidos como el análisis de fuentes orales.

Se trata de desvelar los vestigios dejados en la memoria de los portugueses de las campañas napoleónicas. Por ello la autora ha recurrido a los lugares de la memoria y a la representación simbólica que ha servido para transmitir de generación en generación estos sucesos, muchas veces distorsionados. El objetivo es amplio, por el espacio estudiado, todo el territorio de Portugal, y por las representaciones históricas en sus múltiples manifestaciones, fuentes orales, escritas e iconográficas. Se trata de intentar comprender las relaciones que pueden existir entre lo que queda de estas transformaciones y transmisiones y las representaciones oficiales de la historia académica. En ese sentido ha localizado los campos de batalla, las playas de desembarque, los fuertes y reductos de de-

fensa, las residencias privadas y las instituciones públicas y cuantos fueron protagonistas de esos hechos.

La Guerra peninsular, como la Guerra de la Independencia en España, solo se puede abordar en el marco de las guerras napoleónicas y en las anteriores suscitadas por la Revolución francesa. Aspecto que Teresa Caillaux analiza ampliamente en el primer capítulo del libro, dedicado al estudio del conflicto vivido en Portugal en el ámbito de las confrontaciones con Francia iniciadas mucho antes que las del periodo 1807 y 1811. En 1793 los portugueses, junto a los españoles, iniciaron la campaña del Rosellón, la llamada Guerra de la Convención. En los años siguientes apoyaron a los ingleses en acciones marítimas hasta que Bonaparte decidió con España poner fin a esta situación en 1801, interviniendo en Portugal en la llamada Guerra de las Naranjas. La neutralidad ensayada por los portugueses se hizo insostenible a partir de 1806 cuando Napoleón decretó el bloqueo continental. Su negativa de adhesión originó la invasión de su territorio en tres ocasiones, entre noviembre de 1807 y abril de 1811, sumando un total de 21 meses de ocupación.

La primera invasión tuvo lugar en noviembre de 1807 cuando el ejército de Junot entró en Portugal apoyado por varias divisiones españolas. Un día antes de su llegada a Lisboa, la Familia Real y la Corte portuguesas partieron para Brasil y se establecieron en Río de Janeiro. La falta de reformas y el comportamiento violento de los soldados motivaron que varios sectores de la sociedad portuguesa buscaran el apoyo de Inglaterra, cuyas tropas comandadas por el general Arthur Wellesley desembarcaron el 1 de agosto de 1808 y derrotaron a los franceses en Roliça y Vimeiro. La segunda invasión ocurrió en marzo de 1809 bajo el mando del general Soult, cuyas tropas entraron por Tras-os-Montes y en mayo de ese año por presión del ejército luso-británico se vieron obligadas a retirarse hacia España. La tercera invasión se inició en julio de 1810, comandada por el general Massena, y tras sufrir una derrota en la batalla de Buçaco consiguió reorganizar sus tropas y proseguir la invasión. Wellington, al percibir que Massena quería dirigirse hacia Lisboa, se anticipó al invasor y construyó las líneas de defensa de la capital (Linhas de Torres Vedras). El general francés se vio forzado a detenerse y acabó retirándose. Su derrota marca el fin del sueño de Napoleón por dominar a Europa.

Estas campañas fueron un fracaso rotundo para los franceses. Desde la primera ocupación de Portugal se originó el miedo en unos y la colaboración de una pequeña minoría que vio en el cambio de régimen la posibilidad de modernización del país. Como en España, la fractura que produjo la ocupación llevó a un combate fratricida e ideológico entre liberales y absolutistas que acabaría después en una guerra civil. La Iglesia, por su parte, cambió

su primer mensaje de aceptación de la ocupación por el de la oposición total, al representar los soldados imperiales los ideales de la Revolución francesa. El vacío de poder llevó consigo una revuelta social importante en algunas ciudades que introdujo la anarquía y el ajuste de cuentas. Cuando marcharon los franceses, tras el convenio de Sintra (agosto de 1808), el país quedó exhausto y dividido, aunque controlado totalmente por los ingleses. Con ello se iniciaba una página negra en la historia de Portugal, si bien se ha de señalar que gracias a estas perturbaciones el país caminó hacia nuevas estructuras políticas impulsadas por los liberales, que sufrieron el exilio tras la «setembrizada» (1810).

Las fuentes francesas sobre las campañas en Portugal son escasas, mientras la historiografía portuguesa ha recurrido a una narración oficial primera, basada en un testimonio, la obra de Acúrcio das Neves (*História geral da invasão dos Franceses em Portugal*), muy decantada a acentuar la brutalidad del ejército francés frente a la lucha del pueblo portugués, su sufrimiento y expolio. Visión de la que, en mayor o menor grado, han bebido todos los historiadores portugueses que han construido un relato oficial, sin distanciarse de los acontecimientos, que se repite en los manuales escolares. Esta tendencia prácticamente no se ha alterado a lo largo del siglo XIX y XX hasta la «Revolución de los claveles» de 1974. Es común en todos los textos escolares tratar el tema de las «invasiones francesas» en el capítulo dedicado al liberalismo, aunque la relación entre los dos períodos no se explicita y el discurso sobre los ejércitos napoleónicos es descrito en forma negativa.

Este discurso inicial se prolonga también en otras obras de tipo literario, como

El rei Junot de Raul Brandão y *Razões de coração* de Álvaro Guerra, e incluso en la obra clásica del historiador Oliveira Martins. La literatura romántica exaltó la epopeya popular y los valores caballerescos de carácter medieval, pero también ridiculiza a la aristocracia rural por su cobardía o huida ante la ocupación. El pueblo, a pesar de todo dirigido por aristócratas apasionados de la resistencia, se convertirá en los héroes de los romances. A su vez el pueblo que aparece retratado en los frescos muestra su rudeza pero también su astucia. El mundo rural es descrito con una mirada tierna, aunque distanciada, porque en el Portugal mayoritariamente iletrado, los escritores pertenecen a una clase social instruida y por tanto capaz de manipular la pena y maltratar al enemigo. Algunos romances históricos han llegado hasta nuestros días y sus autores no se preocupan tanto en destruir al enemigo, como de mostrar una reconciliación universal a través de los casamientos y de las descendencias mixtas de sus protagonistas. En algunos pasajes incluso se llega a manifestar cierta simpatía por Napoleón como político.

El capítulo tercero del libro lo dedica a las representaciones pictóricas de las invasiones francesas a través de los tiempos. En todas ellas los artistas describen los acontecimientos de acuerdo con una perspectiva heroica y nacional que fortalece como en los primeros tiempos el arma contra los ejércitos ocupantes. Las caricaturas portuguesas, como los panfletos, presentan una imagen del enemigo fría y dolorosa, influenciada por la tradición inglesa de los grabados sobre la temática de la guerra peninsular. De alguna manera han contribuido a presentar una imagen deformada o deformante del ocupante francés. Es cierto que, en el caso de Domingos Sequeira, vacila entre el

liberalismo pro-francés y el homenaje a los aliados, aunque los pintores insisten en sus representaciones en azulejos y modelos en las batallas e insurrecciones para ilustrar el apego de los portugueses a su tierra, a su religión y a su independencia. En las representaciones naïf los pintores locales muestran hasta qué punto el pueblo atribuye una gran importancia a los episodios que tratan de su aldea.

En la memoria histórica se presenta el fenómeno de la violencia ejercida por los franceses tanto en el dominio público como en el privado. Así, por ejemplo, en los cuadros de la Iglesia de São Gonzalo de Amarante o en los azulejos de la capilla de la Quinta de Santo António en Golegã, perforados por las bayonetas y conservados en ese estado, para que nadie dude de lo que pasó. Como icono de la violencia, se muestran también respectivamente en ambas ciudades, la casa quemada de Magalhães y el baptisterio de la iglesia parroquial, y también en las ruinas de Almeida. Finalmente la publicidad utiliza la iconografía ligada a hechos y a personajes heroicos nacionales y, desafiando la memoria nacional, la imagen de Napoleón, legendaria en Francia, es venerada en ciertos medios hasta el fanatismo. Ultrapasando las fronteras geográficas y temporales ha llegado subrepticamente a Portugal para ilustrar algunos productos de calidad en este país, antes codiciado por el emperador.

Como se ha señalado, la utilización de fuentes narrativas orales hace que este estudio sea innovador, a diferencia de España donde apenas se han utilizado dichas fuentes en el estudio de la Guerra de la Independencia. Tereza Caillaux ha realizado más de doscientas entrevistas con unos resultados muy aceptables. Por ejemplo, a través de las narraciones del

profesor de la Sorbona José Carlos Janela Antunes, nacido en la Beira Alta, ha reconstruido la supervivencia de las gentes de esta región durante las invasiones francesas: la huida de los aldeanos a la montaña para buscar refugio ante la llegada de los imperiales, la forma de esconder los alimentos debajo de la tierra, el tema del pan, la cuestión de las violaciones de las jóvenes, etc. Todo ello forma parte de la experiencia vital del pueblo en medio de este conflicto bélico: la alimentación y supervivencia, el miedo, la huida, el escondite, etc. A través de las omisiones, lapsos, repeticiones y distorsiones realizadas en el discurso se descubre la mentalidad del pueblo portugués. El individuo es capaz de reducir el discurso colectivo a una percepción particular desde el punto de vista psíquico. Cambia el tiempo de los verbos, pasando del pasado a un presente del pasado y remarca el papel de víctima convertida en memoria transmitida de generación en generación. Es un discurso que maltrata a los ejércitos napoleónicos mientras resalta el valor del pueblo portugués en la defensa de su territorio. De ahí que pocos de los entrevistados saquen consecuencias positivas de este contacto con Francia. Muy pocos hablan de la influencia positiva y de progreso, entre ellos, Nuno Morais Sarmiento, el inventor del movimiento bonapartista portugués. Este discurso victimista y de corte nacionalista es el que sobresalió en la celebración del centenario: un discurso laudatorio del combate del ejército y del pueblo portugués, como se observa en las inscripciones y monumentos, en las placas conmemorativas y en los discursos oficiales.

Se trata, siguiendo a Paul Ricoeur, de una «memoria preocupada» que lleva a la autora a concluir que existe un «traumatismo» entre los portugueses en relación a esta guerra. Cierta-

mente, frente a la hipertrofia del recuerdo de lo acontecido en Vimeiro, se sitúa la atrofia de los habitantes de Évora, ciudad muy castigada por Loison. Es de todos conocido la expresión portuguesa «Ir para o Maneta», como sinónimo de destrucción, que se relaciona con la figura del general francés Loison, «Le Manchot» («o Maneta»), que en la memoria colectiva de los portugueses simboliza la violencia extrema. En la memoria perdura la imagen de la profanación reiterada de iglesias y templos por los soldados franceses, así como las rapiñas y robos que cometieron. Las mismas fuentes francesas, como las memorias de los generales Marbot, Thiébault y Pelet-Closeau, reconocen el mal comportamiento de sus soldados, fruto de las disensiones entre los oficiales y por la indisciplina reinante. En el caso de Torres Vedras, por las líneas de defensa insuperables para las tropas de Massena, a quienes llevó el hambre y la ociosidad y a cometer los crímenes más horribles.

Según Eduardo Lourenço, los portugueses vivieron adormecidos después de la época dorada de los grandes descubrimientos. La invasión napoleónica les sirvió para comprobar que aun huérfanos, con la ayuda inglesa, eran capaces de vencer a Napoleón y a su imperio. La división ideológica interna les llevó, no obstante, al enfrentamiento y a las luchas por la instauración del liberalismo. En ningún momento Portugal asumió enteramente su papel en este conflicto y se vio mediatizado entre las dos potencias, Francia e Inglaterra. Portugueses y españoles no vieron reconocidos sus sacrificios en el Congreso de Viena en 1814. Portugal, satélite de Inglaterra, recibió una pequeña indemnización y España pasó a

ser una nación de tercera o cuarta categoría.

¿Qué defendió Portugal entonces, se pregunta la autora? Probablemente lo mismo que defiende hoy, a través de la construcción mítica de su pasado: su identidad. Los soldados franceses extranjeros amenazaban entonces su cohesión nacional con las marcas de la Revolución francesa colgadas a sus botas con las que pisaron el suelo del país, con convicciones monárquicas, religiosas y culturales profundas, muy diferentes a las suyas. Las reacciones producidas en Portugal por las invasiones francesas son síntoma de una concepción de una nación frágil y con la necesidad constante de cohesionarse para permanecer. La amenaza de Francia creó entonces un traumatismo y miedo que llega en la memoria colectiva hasta nuestros días. Concluye Tereza Caillaux afirmando que el síndrome portugués y el síndrome francés son dos fases de un mismo problema identitario: «Com efeito, a França assim como Portugal têm necessidade de um discurso paliativo para fortalecer a fragilidade das suas

fundações e para ultrapassar a grandeza perdida mas que se mantém preciosamente num espaço imaginário» (pág. 389).

En Portugal, la derrota militar francesa precedió a la guerra civil entre los partidarios de un mundo nuevo y los anclados en el antiguo, que marcó el punto de partida de la modernidad. Lo mismo que en España, las guerras napoleónicas en Europa introdujeron un nuevo rumbo en los países europeos.

La obra contiene además de las fuentes y la bibliografía utilizada, los índices onomástico, toponímico y de autores consultados. En los anexos se incluye el mapa de los lugares investigados por la autora en Portugal, diversos documentos, los textos de diversas entrevistas realizadas, así como fotografías del centenario y objetos de la colección de la Casa das Gaeiras.

Se trata de una obra original, que contribuirá a realizar nuevas investigaciones, escrita con elegancia y de lectura fácil. Obra de consulta indispensable para los investigadores de la Guerra Peninsular.

Antonio Moliner Prada

Universitat Autònoma de Barcelona

Antoni.Moliner@uab.cat

HOCQUELLET, Richard: **La revolución, la política moderna y el individuo. Miradas sobre el proceso revolucionario en España (1808-1835)**. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza y Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011, 308 págs., ISBN: 978-84-9828-329-7.

Le Bicentenaire des événements qui commencèrent en 1808 dans la Monarchie catholique a déjà fait couler beaucoup d'encre. Par définition, il est appelé à occuper un espace temporel aussi long que le processus qui, pour le

dire d'une façon aussi large que possible, a permis la transition de l'ancien régime vers la modernité contemporaine en Espagne. Il est donc sans doute trop tôt pour dresser un bilan définitif. Toutefois, si l'on tentait un état des